

Pura vida

Patrick Deville

Pura vida

Vida & muerte de William Walker

Traducción de José Manuel Fajardo



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Pura vida. Vie & mort de William Walker

© Éditions du Seuil

París, 2004

Ilustración: © lookatcia

Primera edición: abril 2018

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, José Manuel Fajardo, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2018

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-8004-5

Depósito Legal: B. 4291-2018

Printed in Spain

Reinbook serveis gràfics, sl, Jonqueres, s/n, Pol. Ind. Molí de la Potassa
08208 Sabadell

Es ese vacío inmenso que nos empuja al juego, a la guerra, a los viajes, a toda clase de acciones desordenadas, pero vividas con intensidad, y cuyo primer atractivo es la agitación necesaria para llevarlas a cabo.

LORD BYRON

Cuando me he puesto en alguna ocasión a considerar las diversas agitaciones de los hombres, y los peligros y penas a que se exponen, en la Corte, en la guerra, de donde nacen tantas querellas, pasiones y empresas audaces y con frecuencia funestas, me suelo decir que todas las desdichas del hombre provienen de una sola cosa, que es el no saber estarse quieto en un cuarto.

PASCAL

La excitación por los incendios aumentaba en la tropa la sed de alcohol.

WILLIAM WALKER

I. El escándalo de la piñata en Managua

Ávido lector de periódicos, le costó renunciar a esos museos de minucias efímeras.

JORGE LUIS BORGES

MANAGUA NICARAGUA IS A BEAUTIFUL TOWN

Esta frase, un poco absurda y ajena a cualquier realidad, se puede escuchar en una canción de la gran orquesta de Guy Lombardo, si se es un verdadero especialista en la música boogie de entreguerras.

Nicaragua estaba entonces ocupada por el ejército norteamericano, y puede que el país estuviera en vías de integración musical. Managua Nicaragua, para dárselas de Nashville Tennessee. En 1933, hostigados por la guerrilla del glorioso general Sandino, los marines volvían a hacerse a la mar. Y los Estados Unidos dejaban la gestión de sus salas de baile y de sus intereses, así como las sucias tareas correspondientes, en las buenas manos del general Somoza.

Algunos meses más tarde, en febrero de 1934, Somoza mandaba asesinar a Sandino.

Managua Nicaragua is a beautiful town, y la cortina de terciopelo rojo del gran music-hall de la historia se alza sobre un maestro de ceremonias de astroso traje y chistera, que acaba de prometer al público, bastón con empuñadura en mano, la maravillosa y terrible y sin embargo verídica historia de Nicaragua, mientras que la gran orquesta de Guy Lombardo

se reúne detrás de él y afina sus instrumentos... Todavía se pueden escuchar algunos acordes de esa canción en *El tercer hombre*, de Carol Reed, por más que el filme, basado en una novela de Graham Greene, no tenga relación alguna con Nicaragua. Es otra orquesta la que lo toca al fondo de uno de esos bares de la Viena de posguerra, en la zona americana, delante de una pandilla de espías fumadores y depresivos.

Sobre un ritmo endiablado, el texto es el propio de una pieza nostálgica que evoca la vida apacible del trópico, un pequeño rancho y los bueyes blancos bajo las palmeras. En la Viena Austria ocupada y dividida por los vencedores en cuatro zonas internacionales erizadas de alambradas, en el corazón de la devastada Europa de 1945, Managua Nicaragua parecía un lejano paraíso.

Tenía mi vaquita, mi ranchito y mi buey... y mi mujer también...

A fines del siglo XX, cuando un avión se dispone a aterrizar en el aeropuerto Augusto César Sandino de Managua, sobrevuela el desgredado palmeral en que se ha convertido buena parte de Managua después del terremoto de 1972, y no es raro, según la dirección del viento, que se aproxime a muy baja altura sobre las aguas verdes y azules del lago Xolotlán, al pie de los volcanes.

Un viejo amante del boogie-woogie que viajara sentado junto a la ventanilla del avión, uno de esos jóvenes que estuvieron en las tropas de ocupación de la Europa Central y que hoy va, algo barrigón, tocado con un sombrero panamá, vestido de traje blanco hueso, con corbata roja y un *flask* de whisky en la mano, bien podría creer que va a volverse a encontrar con la pequeña capital de una república bananera, como lo fue Managua antes de la dictadura de los Somoza.

*Managua Nicaragua is a beautiful town
You buy a hacienda for a few pesos down*

A ORILLAS DEL RÍO TINTO

Mucho antes, a mitad del siglo XIX, los tiempos eran inciertos y feroces, según los historiadores, tiempos de lugares imprecisos en los mapas, de hombres embriagados por un sueño destruido, que corren al azar por una selva oscura. Las ramas azotan sus rostros y sus manos se crisan sobre las armas. Llevan seis semanas huyendo y el lodo retiene cada paso haciendo más pesadas las botas. Los tobillos se tuercen con las escurridizas raíces. A veces alguno cae y suplica que se den por vencidos. Con los ojos exorbitados y veteados de rojo, estos derrotados salen pitando, bajo los disparos del ejército que los persigue, rumbo a un lugar de la selva que desconocen, hasta que un atardecer esa tropa de mercenarios acorralados y hambrientos descubre que la han estado empujando hacia la orilla de un río infranqueable.

Al abandonar la floresta, jadeantes, cubiertos de lodo y de sangre, los más válidos todavía corren hacia lo que parece ser un antiguo fortín o un grupo de chozas ocultas bajo la vegetación oscura. Alrededor están las amarillas aguas cenagosas y la maraña del ramaje desde el que gritan asustados los loros, y por encima, las largas estelas anaran-

jadas que desgarran el cielo ceniciento. Y delante de ellos se alza un campamento abandonado.

Los supervivientes, al abrigo de una empalizada de madera podrida devorada por las lianas, pueden contar su número por primera vez en seis semanas: eran sesenta y cinco al salir de Trujillo, ahora no son más que treinta y uno los que restañan sus heridas con trapos sucios y alinean sobre sus capotes las armas y las municiones empapadas. Al frente de ellos, el jovencito de ojos grises, herido en una pierna, inspecciona a unos combatientes que en su mayoría no conoce. Solo cinco o seis de ellos son veteranos de sus campañas en Nicaragua. Deja en manos de su jefe de estado mayor la organización de una resistencia imposible. Los hombres vigilan en la noche los grandes ojos de oro de las fieras o de los soldados hondureños. Muy pronto, dentro de unas horas, bajo el alba en la que nacen los espejismos, el ejército lanzará su asalto.

El jovencito arrastra cojeando su gloria y su orgullo demolidos por el fondo de uno de los barracones, último palacio del que me gusta imaginar, en el momento de abandonarlo a su suerte mil veces merecida, que ha expulsado a algún tapir o a algún oso hormiguero refugiado allí de la lluvia tropical. William Walker amartilla su pistola. Es el 2 de septiembre de 1860. Ahora, después de todos los fracasos, cuando de esos siete años de combate le queda sin duda la excusa heroica de haber intentado lo imposible, conoce el lugar de América Central donde culminará pronto su derrota. Son cinco los países, con una extensión no mayor que la de Francia, que ha barrido a sangre y fuego, pero ya sabe que su cadáver se pudrirá aquí, en alguna parte de la región de Gracias a Dios, en el nordeste de Honduras. Sin embargo, sus informaciones son incompletas. Él ignora el nombre de esas aguas oscuras y limosas que atraviesan la selva. Son las del río Tinto.

Le quedan todavía diez días de vida.